

La araña

Por Ángel Fernández

Un grito de terror quebró la calma de la noche y los padres entraron a la habitación de Carlitos, que lloraba y señalaba hacia el marco de la ventana. Allí, una indefensa *Lycosa erythrognatha* (o, vulgarmente, una araña corredora de jardín), se preparaba para descansar sin intenciones de perturbar la tranquilidad de nadie. Al verla, los padres intentaron aplastarla con un libro de cuentos que reposaba sobre la mesita de noche.

La araña saltó por la ventana de vuelta al jardín antes del impacto, mientras percibía el desconsolado llanto de Carlitos. Encontrándose segura, revivía en su interior la escena que acababa de protagonizar y, con la sinfonía de berridos que salía de la habitación, se regodeaba con la viva imagen del terror reflejado en el pequeño rostro del infante cuando apenas la vio por primera vez. La excitación sacudió cada milímetro de su cuerpo y, mientras el último estremecimiento recorría cada una de sus escópulas, se determinó a volver luego para experimentar la misma sensación.

De esta manera, procuraba atormentar al niño de todas las formas posibles. Cada vez que veía cómo el humano se paralizaba y gritaba del miedo, el arácnido experimentaba una sensación similar a la de la primera noche. El terror que desprendía el pequeño, las lágrimas que corrían por su rostro o los temblores que azotaban su cuerpo al encontrarse de repente con la araña, la motivaban a realizar más apariciones a diario.

Merodeaba por las mesas y escritorios. Se escondía entre los juguetes favoritos del niño y hasta se introducía en sus zapatos para generarle mayor miedo. Aunque los padres trataron de fumigar la casa, la araña seguía refugiándose en el jardín sin que la descubrieran. Durante estos periodos de tiempo, el animal se deleitaba imaginando escenas en las que podría causarle más pavor al niño. Además, estaba consciente de que Carlitos la veía en sueños, de los cuales siempre despertaba exaltado y temblando de pies a cabeza mientras lloraba. El arácnido se detenía a imaginar qué tan temible la habían soñado, cosa que le ayudaba a soportar los momentos fuera de casa.

Eventualmente, la araña olvidaba cazar artrópodos para alimentarse, dejando de comer por largos periodos de tiempo. Sin embargo, esto no le importaba en lo más mínimo. Se podía decir que, quizás inconscientemente, el miedo se había convertido en el principal alimento de la *Lycosa*. Aun así, nunca se sentía saciada y siempre buscaba más temor del que alimentarse.

Pasados unos meses, quizás un año, el niño dejó de temerle al animal. Puede que las apariciones tan recurrentes o las monótonas formas de asustar hayan causado que el humano se acostumbrara a su

presencia. Pero eso ya no importaba. El infante ya no desprendía miedo y la araña, al verse desprovista de su simbólico alimento, ignorada y sin un propósito que cumplir, murió. Nadie notó su ausencia.